

EL TODO, Y LA NADA,

ESTO ES,

EL CRIADOR, Y LA CRIATURA, DIOS, Y EL HOMBRE.

DISCURSO SEGUNDO,

*Consiguiente à una parte de la materia
del pasado, en el qual, representando
al hombre su pequeñez, se procura
abatir su vanidad.*

§. I.

Alcibiades, famoso Capitan Atheniense, fue uno de aquellos hombres algo raros, en quienes juntandose grandes prendas con iguales defectos, se pueden hacer de ellos unos sugetos utilisimos à la sociedad, no añadiendoles cosa que les falte, sino quitandoles lo que les sobra: dexandoles las virtudes, que los adornan, y despojandolos de los vicios, que los afean, al modo que del oro, como está en la mina mezclado con otras materias heterogeneas, se logran grandes provechos, no sobreañadiendole quilates, sino quitandole impurezas. Fue Alcibiades hombre de gran corazon, de excelente, y despejado ingenio, de extrêmada habilidad para todo aquello à que queria aplicarla, de una facundia tan insinuativa, que persuadia quanto deseaba: liberal, espléndido, y magnifico. Llegabase à esto una ventajosa gentileza de cuerpo, y hermosura de rostro. Sus vicios dominantes eran la ambicion, y la soberbia, à los quales daban fomento, y prestaban alas, ya su nobilissima estirpe, ya

las grandes riquezas, que habia heredado de sus mayores. Amábale con ternura aquel insigne Phylosofo Socrates, porque veía en él talentos, que podian servir para cosas grandes, como su ánimo fuese purgado, de los vicios, que podian hacer, no solo inútiles, mas aun nocivos los talentos.

2 En efecto, muy de veras se aplicó Socrates à hacer à Alcibiades este beneficio, que asimismo lo sería muy grande para toda la Grecia. Las ocasiones, que tenía para procurarlo, eran frequentes; porque Alcibiades, enamorado de la conversacion, y trato de Socrates, que era el mas dulce, y amable del mundo, apenas perdía ocasion alguna de oírle. Habiendo visto Socrates en este casi continuado comercio, que Alcibiades, con un genero de fastuosa complacencia, traía algunas veces à la memoria las grandes tierras, que poseía, y inferido de aqui, que su altivez se alimentaba en gran parte de su opulencia, trató de representar esta muy disminuida à su imaginacion, y à sus ojos con un modo ingenioso. Poniendole delante una Tabla Geografica del Mundo, le propuso que buscasse en ella la Grecia, y dentro de la Grecia, la Provincia Attica, Patria de uno, y otro. En lo primero halló alguna dificultad: pero mucho mayor en lo segundo; porque discernir una pequeña Region en un Mapa muy reducido, apenas era posible sin microscopio, y entonces aún no se habia inventado este artificio: so auxilio de la vista. Socrates, que estaba mas habituado al uso del Mapa, le mostró en él el espacio que ocupaba la Attica, algo menor en la Tabla que el que podia cubrir la ala de una mosca. Añadióle Socrates à Alcibiades, que señalase allí la porcion de tierra, que habia heredado de sus padres, y abuelos. Esto era imposible, y así lo confesó luego Alcibiades.

3 Facil es concebir, que habiendose así en este genero de representacion desaparecido de los ojos de Alcibiades toda su hacienda, como si toda no fuese mas que un punto indivisible, ò un nada: facil es, digo, concebir,

bir, que luego le diria Socrates, à qué intento habia instituido aquella especie de juego phylosofico, representandole sobre él, con reflexiones dignas de un Socrates, quan poca cosa, quan despreciable, ò por lo menos quan insuficiente era aquella riqueza, de que tanto se gloriaba, para fundar en ella la vanidad, y orgullo, que mostraba à toda Athenas.

4 Yo en el presente Discurso trato de imitar la hermosa invencion de Socrates, que acabo de referir, para mas alto fin, que el que aquel gran Phylososofo tuvo en el uso de ella. Mas alto sí, pero semejante: de mas extension, y mas utilidad; pero aprovechandome para obtenerle, en quanto al fondo, de la misma idéa. Socrates solo queria curar de su vanidad à Alcibiades: yo à todos los hombres que adolecen del mismo achaque: en una palabra, al hombre en general, à la especie humana.

5 ¿Mas qué se puede añadir sobre esta materia à lo que escribí en el Discurso pasado? Allí demostré, que todo ente criado es un casi nada, un sér tan diminuto, que tiene infinitamente mas de carencia, que de entidad. ¿Esta máxima metaphysica no comprehende al hombre del mismo modo que à todas las demás criaturas? Sin duda. Pero el hombre no se dá por entendido de estas máximas generales: porque aunque, quando quiere hacer reflexion sobre ellas relativamente à su sér, vé que le comprehenden, como à todos los demás entes criados, directa, y efectivamente no se hace esta aplicacion. Así es menester hablar determinadamente con él, y intimarle la aplicacion de la regla general de el *prope nihil* à su mismo sér.

6 Mas no es solo la mera inatencion que impide al hombre el uso de esa regla general para el conocimiento de su pequenez. Mas se mezcla tambien con esa inatencion algo de error positivo. Ni es solo falta de aplicacion de la regla: mas tambien entra à la parte una aplicacion defectuosa, ò siniestra.

7 A quantas partes el hombre puede extender la vis-

ta

ta, se vé circundado de otros entes mas imperfectos que él. Vé los brutos cuyo conocimiento es muy inferior al suyo. Vé los vegetables enteramente destituidos aun de aquel imperfecto conocimiento de los brutos. Vé los minerales, que careciendo de todo principio vital son de clase muy inferior à la de los vegetables. Si levanta los ojos al Cielo, vé, y admira la hermosura, y resplandor de los Astros; mas como sabe, que no solo no son substancias inteligentes, ò sensitivas, mas ni aun en algun modo vitales, decide soberanamente, que él es un ente mucho mas perfecto que el Sol, y aun extiende esta ventaja de perfeccion sobre el Sol à los brutos, porque son en su modo cognoscitivos: prerrogativa la mayor que cabe en toda la circunferencia de las substancias materiales, y negada al Sol, como à todos los demás Astros. Mas por lo que mira à los vegetables, es de creer se haga cuenta de que la vitalidad, que tienen estos, es una perfeccion, que se compensa bastantemente con la magnificencia, luz, hermosura, y poderoso influxo del Sol.

8 De modo, que por la cuenta hecha, los cuerpos celestes, y vegetables son muy superiores à los totalmente inanimados, los animales à los vegetables, el hombre à los demás animales, y à todo el resto del mundo. ¡O, quanto es lo que vé el hombre debaxo de sus pies! ¡y con quanta complacencia se mira en tan empinada elevacion! Pero mostrémosle ya el reverso de la medalla.

9 De esa grande multitud de objetos, que contempla debaxo de sus plantas, y desprecia como indignos aun de ser vasallos suyos, todos, todos, sin exceptuar alguno son obras de las manos de Dios: todos participan de las perfecciones divinas: todos son, no solo buenos, sino bonisimos, que asi lo conoció, y dió à conocer el mismo Dios: *Vidit Deus cuncta, quæ fecerat, & erant valde bona.* Esto quiere decir, que en toda esa grande multitud de objetos, mirados uno, por uno, hay innumerables perfecciones, y qualidades excelentes. ¿Y no faltan todas esas al hombre? Sin duda, porque este solo tiene las propias de

de su especie. Y en el lugar de todas esas que le faltan, tiene otras tantas carencias; esto es, otras tantas imperfecciones, ù defectos. Así como Dios es infinitamente perfecto, porque poseyendo las perfecciones, que están repartidas en la inmensa latitud de todos los entes, no tiene carencia alguna; el hombre (como otro qualquiera ente criado) es casi infinitamente imperfecto, porque es un casi nada, es una minutísima entidad, envuelta, y como sufocada en un inmenso número de niqulidades, ò carencias.

10 Es verdad que el hombre salió mejorado (digámoslo así) en tercio y quinto, respecto de todos esotros entes, que registra con sus ojos. Pero gloriarse de eso es una presuncion ridícula, como lo sería la de una hormiga, que se gloriase de su magnitud corporea, contemplándola como estatura prodigiosamente gigantesca, porque excede enormemente à la de esos átomos vivientes, de esos abreviadísimos animalejos, que solo son perceptibles con el auxilio de los mejores, microscopios.

11 A estas consideraciones metaphysicas añadamos una reflexion moral muy conducente à mi propósito. Desprecia el hombre como inferiores à los brutos, aun mas à los vegetables. Con todo se vé, que envidia ciertas qualidades sobresalientes de algunos de aquellos, y de estos, y aun celebra, y admira à los individuos de su especie, que vé adornados de otras qualidades semejantes. ¿Quién no envidia la valentia del Leon, la fuerza del Elefante, la perspicacia del Lince, la agilidad del Corzo, y mucho mas la de qualquiera paxarillo, el canto del Ruiseñor, &c? Aun à los vegetables se extiende la zelosa emulacion, ò motivo para ella de algunos racionales, y mayormente de aquellos que mas claramente manifiestan la confianza, que hacen de sus prendas. ¿Qué muger hay tan bella, que iguale la hermosura de la rosa, la elegancia de la azucena, el candor del jazmin?

12 Aun à la baxeza de los minerales descenden el aprecio de los hombres. El diamante no es mas que una pie-

piedra; y esa piedra colocada en un anillo, y mediante el anillo en un dedo, llena à un hombre, ò à una muger de sobervia, de modo que no se sácia de mirarle, y hacer con otros ostentacion de aquel adorno. ¿Qué es esto? ¿Cómo aprecia el hombre eso mismo que desprecia? ¿Cómo constituye adorno de su persona, lo que es tan vil respecto de su especie? La respuesta, que ocurre mas pronta es, que el hombre en sus pasiones, y afectos es un conjunto de inconseguencias, y contradicciones.

13 Mas aun prescindiendo de todas las extravagancias, y errores del hombre, lo que no se debe dudar, es, que todas esas cosas, que por sus géneros, y especies contempla muy inferiores à su sér, por la entidad positiva, que no hay en ellas, todas son buenas, todas tienen perfecciones, que les son propias. Digo por la entidad, ò lo positivo que hay en ellas; siendo cierto, que todo lo que tienen de malo, ù defectuoso, consiste precisamente en las carencias, de que están inundadas: lo que no solo es cierto de la defectuosidad physica, ò metaphysica; mas probabilísimo tambien de la malicia moral de los actos libres de la criatura intelectual: y para mí mas que probable, sin que esto pueda perjudicar à la probabilidad de la opinion opuesta, que siguen muchos, y buenos Theologos.

14 De modo, que aun mirando el hombre tanta multitud de criaturas inferiores à él, bien lexos de hallar motivo para ensobervecerse, esa misma multitud se le ofrece para humillarse. Cada una de ese inmenso exercito de criaturas tiene su sér, su bondad, su perfeccion, porque todas son buenas, y muy buenas. Y quantas son esas entidades, y perfecciones, otras tantas imperfecciones, ò carencias, otros tantos *nadas* hay en el hombre.

15 Ahora, para que éste se haga cargo de su pequeñez, me imagino, que en un Mapa intelectual le presento su sér en vuelto en esa multitud grande de *nadas*, así como Socrates presentó à Alcibiades en otro Mapa del

mun-

mundo la tierra de su herencia, intrincada en una multitud grande de Provincias. Busque el hombre en ese Mapa su sér, discerniendole en ese agigantado cúmulo de nadas. ¿Mas cómo le ha de discernir, si su sér no es mas que una unidad, y sube à millones de millones el número de las carencias? Ahí está realmente esa unidad; pero se desaparecerá à su vista intelectual, como cero, ó como un *infinitamente pequeño*, semejante à aquel que establecen en la cantidad los Profesores de la sublime Geometría de los infinitos.

16 Pero afloremos un poco la cuerda, y dexemos que el hombre goce un poco de complacencia de la superioridad que obtiene sobre todas las demas criaturas sublunares. Concedamosle tambien, que se lisonjee de ser mucho mas bien dotado de la naturaleza, que todos los cuerpos celestes. Finalmente crea norabuena, que en la superioridad de su sér tiene una cierta equivalencia de todas esas perfecciones que le faltan. ¿Mas qué obtiene su vanidad con todo eso? Nada, pues no quita todo eso, que siempre se quede en su nada, ó casi nada, que constituye su minutísimo sér. De modo, que con todo eso, yo insistiré siempre en representarle su extremada poquedad.

17 Para cuyo efecto, imitando segunda vez la artificiosa invencion, de que usó Socrates con Alcibiades, pondre à la vista mental del hombre otro Mapa imaginario, aunque muy diverso del pasado; pero dirigido al mismo fin de abatir su mal fundado orgullo. En el Mapa pasado representaba la multitud de especies inferiores en perfeccion à la humana; en este le representaré las que son de superior perfeccion; en aquel las que yacen debaxo de sus pies; en éste las que están elevadas mas, y mas sin término sobre su cabeza; para que si en la comparacion, que hace de sí mismo con aquellas, lisonjeandose de sus ventajas, se estima como que hace un personage muy considerable en el mundo; en la comparacion con éstas vea, que es un ente pequeñísimo, un na-

nada, ó casi nada, *propè nihil*. Reconozca esta hormiga, que solo porque es mayor que el Acaro, se estima gigante: reconozca, digo, lo que es, ó lo que dexa de ser, mostrandole otras criaturas, respecto de las quales ella no abulta tanto como el mas menudo insecto respecto del Elefante. Es el hombre (no se puede negar) mayor que todas esotras criaturas, que se le mostraron en el Mapa anterior. Y con toda esa ventaja no le quita ser un infinitamente pequeño, porque realmente en la Physica hay tambien en cierto modo aquel mysterio de la nueva sublime Geometría, que entre los infinitamente pequeños contempla unos mayores que otros.

18 En la Carta XXI. del tercer Tomo expuse al Público el que llaman los Phylososfos modernos Systema Magno, y algunos de ellos se atreven à conjeturar existente. Grande es, con toda propiedad *magno*, si no en la realidad, en la idéa, dicho Systema. Este mismo Systema, pues, saldrá delineado en el Mapa que ofrezco. Pero será ahora el que ofrezco un Mapa iluminado; y parecerá en el Systema con otra magnificencia, otra hermosura, otro adorno que no le dieron hasta ahora sus Patronos.

19 En la nacion de los Phylososfos hay algunos viejos mal acondicionados, (vicio muy connatural à la senectud) que sin exâminar razones, anatematizan, y tratan de delirios todas las invenciones de los modernos. Mas si por dicha uno, ù otro de estos llegan à hacerse cargo de los fundamentos de alguna nueva opinion, y por ellos venir en conocimiento de su probabilidad, ù certidumbre, por privar al Inventor de la gloria de la invencion; asiendose de qualquiera ligera apariencia, echa por otro lado, y publica, que aquello ya lo dexó escrito alguno, ù algunos de los Antiguos. Asi sucedió con el descubrimiento de la circulacion de la sangre: con la opinion de la materia sutil Cartesiana: con la de que los Cometas son ciertos Planetas tan antiguos como el Sol, y la Luna, y con otras.

20 Pues vé aquí, que como yo ya soy muy viejo,

me veo ahora tentado à caer en la misma flaqueza, respecto de la nueva invencion del Systema Magno, no à la verdad impugnando su existencia, lo qual yá hice suficientemente en la expresada Carta del tercer Tomo, sino atribuyendo à algun antiguo su invencion. Los que dieron, ò dan en el capricho de hacerle existente, en cada estrella fixa considerán un Sol entero, tan gordo, y tan lucido, como el de nuestro Globo, y que asimismo, que él preside à otros Planetas, de que está circundado, como tambien que es centro de otro Orbe, semejante al que acá conciben terminado en la circunferencia, que con su movimiento describe el Planeta Saturno. Sobre cuya última circunstancia, para que el Lector no la estrañe, se advierte, que todos los Phylosos, puestos de parte del Systema Magno, suponen el Copernicano del movimiento de la Tierra, è inmovilidad del Sol.

21 Consiguientemente estos Phylosos no introducen en su Systema un mundo solo: le componen de muchos mundos; esto es, de tantos mundos, quantas son las que llamamos estrellas fixas, pues cada una de ellas es un Sol, que colocado en el centro de un mundo, por todo él difunde su luz, comunicandola à otra série, ò coleccion de Planetas, à quienes preside como Soberano.

22 Esta multitud de mundos es quien me pone en la tentacion de atribuir al Systema Magno una muy rancia antigüedad. Cuenta Plutarco (*lib. de Tranquillitate animi*) que habiendo oído Alexandro al Phylososo Anaxárco, que no solo existia este mundo que vemos, mas tambien otros muchos, le contristó esta noticia de modo, que no pudo contener las lágrimas, expresando por motivo de esta flaqueza suya su desmesurada ambicion; esto es, que se lastimaba de que habiendo muchos mundos, consideraba serle imposible la gloria de devorarlos todos, quando con muchos peligros, y fatigas aun no había llegado à conquistar la mitad de uno. Sobre cuyo hecho podriamos suponer, que Anaxárco fue el inventor del Systema Magno.

23 Mas fuera de que el delirio de creer existentes muchos,

chos, y aun infinitos mundos, no fue solo de Anaxárco, pues à otros antiguos, como Leucippo, y Demócrito, se atribuye el mismo; la opinion de estos era muy distinta de la de los modernos, porque los antiguos ponian esotros mundos, que imaginaban, fuera de este grande ámbito eteréo, que contiene todas las fixas; de modo, que de ellas, y los demas astros que vemos, suponian componerse un mundo solo, y à los restantes consignaban el inmenso espacio, que por todas partes le circunda. Al contrario los modernos, en ese mismo ámbito eteréo incluyen los muchos mundos que imaginan, como se incluyen en él todas las estrellas fixas, que constituyen otros tantos Soles, de los quales cada uno ilumina su mundo particular.

24 Bien contemplo yo, que los Phylosos de nuestras Aulas con tanto rigor clamarán contra la multitud de mundos de los modernos, como contra la de los antiguos, Sin embargo, para templar en alguna manera su indignacion, los avisaré, que en orden à esta questão si hay uno, ò muchos mundos, mas torpemente se descaminó Aristóteles, que esotros Phylosos, à quienes tan severamente condenan. La razon es, porque estos atribuyeron existencia à unos mundos, que aunque no existentes, son verdaderamente posibles. Aristóteles concedió existente un mundo solo; pero negó la posibilidad de existir à otro, ò otros qualesquiera mundos. De modo, que aquellos dexaron intactos los derechos de la Omnipotencia, los quales abierramente vulneró Aristóteles. Es claro su testimonio en el lib. 1. de Cœlo, cap. 9. que empieza: *Dicamus autem deinceps oportet mundum, non solum unum esse, sed etiam plures esse non posse.* Cuyo asunto prosigue en el resto de aquel capítulo, probandole con unas tales razones, que el mas apasionado Peripatético (así lo creo firmemente) no dará por buenas.

25 La verdad es, que à una, y otra extremidad se opone el recto juicio. La existencia de muchos mundos es invirsimil por los motivos insinuados en la Carta citada arriba: la imposibilidad de ellos evidentemente falsa, porque ni à la infinita actividad de la Omnipotencia se

puede negar virtud para producirlos, ni à la infinita extension del espacio, que llamamos imaginario, lugar adonde colocarlos.

26 Realmente para el intento, que sigo en este Discurso, que es hacer bien notoria al hombre su extremada pequeñez, no he menester la existencia de otros mundos; bastame la posibilidad. Mas para que haga en su ánimo una impresion mas sensible, será conveniente proponerle los otros mundos posibles debaxo de la apariencia de existentes. La posibilidad es real, la existencia imaginaria. Esta vendrá à ser una pintura formada sobre el modelo, que hallo delineada por los modernos en su Systéma Magno. Y esa misma pintura es el Mapa ofrecido: Mapa no solo de una, ò muchas Provincias, de uno, ò muchos Reynos; en fin, no solo de un Mundo entero, mas de muchos mundos. Voy yá desdoblado el Mapa.

§. II.

27 **L**O primero, que en él se ofrece à la vista, es el mundo, que nosotros habitamos; esto es, no solo el Globo terraqueo, que vemos debaxo de nuestros pies, sino un Orbe compuesto de este globo, y de las siete Esphéras Celestes, en que están colocados los siete Planetas, la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Jupiter, y Saturno. Este se puede llamar el mundo viejo, porque desde la mas remota antigüedad es conocido de los hombres, à distincion de los otros mundos, que añade el Systéma Magno: porque aunque estos en la hipótesi hecha de su existencia, sean tan antiguos como éste; se pueden denominar nuevos, por recientemente descubiertos, así como vulgarmente se llama mundo viejo este Continente compuesto de la Asia, Africa, y Europa; y nuevo mundo el Continente, que componen las Tierras, y los Mares de la América, aunque en realidad tan antiguo como estotro, porque no ha mucho tiempo que se nos descubrió.

28 Pero en este mismo mundo viejo descubrieron los

mo-

modernos una gran novedad; esto es, la poblacion de los Astros, de la qual hemos hablado bastante en el Discurso 7 del Tomo 8 del Teatro Critico, donde tambien notamos, que la opinion de los Planetas habitados no es tan reciente como comunmente se juzga, pues yá há tres siglos, que el Cardenal Nicolao de Cusa (hombre venerable, y venerado en la Iglesia) se manifestó Autor de ella; bien que, como en el mismo lugar advertí, este sabio Cardenal no habló en la materia decisiva, sino conjeturalmente. Y es verisimil, que la mayor parte de los modernos, que opinaron por la poblacion de los Planetas, no hablaron en otro sentido.

29 Sobre la altisima superficie de este, que llamamos mundo viejo, hay un espacio dilatadisimo, un pielago inmenso de sutilisima materia eterea, que en varios senos contiene los nuevos mundos, iluminados de otros tantos Soles; esto es, de esos Astros, que llamamos estrellas fixas, y que se nos representan no solo pequeñas, sino minutisimas, lo que pende sin duda de estar enormemente distante de nuestros ojos.

30 Quánta sea esta distancia, enteramente se ignora; pero con toda certeza se sabe, que es grandisima, aunque no una misma en todos esos Astros; siendo lo mas verisimil, que la mayor, ò menor vibracion de luz en unos, que en otros, respectivamente à nuestra vista, proviene (por lo menos en parte) de su mayor, ò menor distancia; la qual sin embargo en todos es tan grande, que los Astronomos modernos, que mas trabajaron en especularla, calculan, no solo por centenares, mas aun por millares de años el espacio de tiempo, que una bala de Artillería tardaría en llegar de la tierra à ellos.

31 Aun mas grandiosa idéa dá de esta distancia el Padre Boscoviz, famoso Astronomo, y Maestro de Matematicas en el Colegio Romano. Este célebre Jesuita, segun se lee en las Memorias de Trevoux, conjetura, que la luz de las estrellas mas vecinas à la tierra tarda tres años *plus minusve* en llegar à nosotros. Y para que por

Tom. V. de Cartas.

C3

el

el espacio de tiempo, que gasta en su movimiento la luz, se pueda hacer algun concepto de la distancia de los Astros, que la envian, advierto, que los Astronomos modernos comunisimamente computan, que la luz del Sol tarda entre siete, y ocho minutos en baxar del Luminar al Globo terraqueo. ¿Pero cuánto dista de éste el Sol? Segun el grande Dominico Casini treinta y tres millones de leguas (se entiende Francesas, menores que las Españolas cerca de una sexta parte). Con Casini concuerdan, creo, casi todos los modernos, ò solo hay tal qual leve discrepancia en algunos.

32 Aun no para aquí el Padre Boscoviz. Infinitamente mas se estiende, pues añade, como hemos escrito en la Carta XXI. del quarto Tomo, que acaso hay estrellas en el Cielo criadas con las demás al principio del mundo, cuya luz está desde entonces volando por esos inmensos espacios, sin que hasta ahora haya llegado à nuestra vista.

33 Hagase ahora esta consideracion. Si es tan rápido el movimiento de la luz, que en medio quarto de hora corre el espacio de treinta y tres millones de leguas; esto es, la distancia del Sol à nosotros, en la suposicion de necesitar la luz de las estrellas mas baxas el espacio de tres años para venir desde allí hasta acá; ¿cuánta será la distancia de estas? Ciertamente sube à no pocos millones de millones de leguas. Y aun esta distancia es casi ninguna, comparada con la de las otras altisimas estrellas, cuya luz, en la hypotesi posible del Padre Boscoviz, estando en continuo movimiento desde el principio del mundo, no pudo aun arribar à nuestra vista. Pero vamos registrando mas el Mapa.

§. III.

34 Siendo en las cosas naturales, à falta de mas seguras luces, imedio legitimo para el uso del discurso el de la analogía, no es lícito inferir, que como en nuestro mundo no hay solo un Planeta; esto es,

el Sol, sino otros seis, aun no haciendo cuenta de aquellos Planetas secundarios, que llamamos *Satélites*; asimismo en cada uno de esotros mundos nuevos no hay un Planeta único; esto es, no solo aquel Sol, que à todo su ámbito ilumina, sino otros, cuyo número, ni aun conjeturalmente podemos determinar, como ni podemos determinar si son semejantes, ò desemejantes à nuestro Saturno, Jupiter, &c.

35 Pero con todo esto, ¿qué tenemos hasta ahora en tantos mundos nuevos? No mas que muchos amplísimos desiertos, entretanto que no les damos pobladores. Ni es muy difícil esto, continuando en el uso de la analogía, que hemos tomado por regla. Y aquí entra la iluminacion, con que prometí adornar el Mapa.

36 En este globo que habitamos, vemos, que el genio de la naturaleza es poblarle de vivientes por todas partes: este se hace manifiesto en la prodigiosa multiplicacion de individuos dentro de cada especie, y de especies dentro de cada genero. Bastó la creacion que Dios hizo al principio de los individuos de cada especie de animales, para llenarse las tierras, y los mares de hombres, y brutos. De un grano de semilla de qualquiera planta resultan dentro de pocos años dilatados huertos y selvas.

27 La inclinacion de la naturaleza à multiplicar especies dentro de cada genero, es manifiesta en las innumerables, que vemos de brutos, y plantas; mas se puede decir, que aun es mas admirable en las que comunmente no vemos. Hablo de las innumerables especies de minutísimos insectos, que todo lo tienen inundado. La naturaleza los produce; mas para hacerlos visibles, es, necesario apelar de la naturaleza al arte; esto, es recurrir al microscopio. Mediante este instrumento óptico, han reconocido los Naturalistas, que no hay planta alguna, que no esté cubierta de muchos millares de insectos, los quales son de diversa especie en cada diversa especie de plantas: los han hallado asimismo en varios licores, en la agua